

Destinos Paralelos

Autora: Carmen Gómez Casco

1

Carmen Agustina tenía apenas cuatro años, era la última hija del matrimonio; delgada, frágil, como una espiga, cabello largo negro mate, la presencia de la niña despertaba entrañable ternura. Enfermó su madre, la niña se aproximó mucho más a ella, quería estar más cerca, pegada a mamá, presentía algo extraño. Nadie pensó que la madre moriría, tan pronto, dejando huérfana la pequeña. Y menos aún la cruel decisión del padre, vender a su tierna hija a una familia extraña de la ciudad de Riobamba, inmediatamente después, del fallecimiento de su esposa, para usar ese dinero en la ceremonia de su nuevo matrimonio, realizado en Penipe su pueblo natal. El indolente padre, olvidó para siempre a su hija huérfana.

De pronto la tierna niña, con la muerte de su madre, se quedó sola, profundamente sola, en la vida, sin su madre, sin familia, en casa extraña, en ciudad extraña, hacer mandados, barrer la casa ajena, tender la cama ajena en la que lloraba todas las noches con mucha amargura. Le hacía falta el cariño de su madre, de su único hermano bastante mayor, para ella, a quien nunca más le volvió a ver. Le hacía mucha falta la casa en la que nació, el patio en el que jugaba, su pueblo natal. ¡Qué grande era su soledad, qué inmenso su dolor y su tristeza!

La familia, con la que vivía, era católica, muy creyente, cada domingo, iba completa, con sus mejores galas y bien acicalados a la misa de 11 de la mañana, a la iglesia de La Merced. Llevaban también a su empleada Carmen Agustina. A la salida de la misa aprovechaban para saludar con las amistades y comentar los acontecimientos de la semana.

Todos los días en casa, a las 6 pm. Se rezaba el Santo Rosario, Carmen Agustina era la más pequeña y algunas veces durante el rezo, de rodillas en el piso y exhausta por las tareas cotidianas, cabeceaba, se quedaba medio dormida. Su patrona Iralda le daba de golpes con el bastón, para inculcar devoción en su criada y enseñarle a prestar atención en lo que hace. Incluso amar y venerar a Dios le costó dolor y lágrimas.

De cuando en cuando se asomaba la niña a la ventana con la esperanza de ver pasar a alguien conocido, transcurrieron, así muchos días, muchas lunas, la niña perdió ya las esperanzas, y de pronto le pareció ver un rostro amigo, dudó, no sabía quién era y cuando salió corriendo hasta la calle el hombre ya pasó y ella no se atrevió a seguirlo, no se atrevió a llamarlo, asustada y temerosa volvió a entrar a la casa. Con ansiedad se acercaba de nuevo a la ventana y pasaron muchos días más... apareció de nuevo el hombre, la niña salió a la puerta, antes de que él pasara, le miró a los ojos, el hombre sorprendido ante la presencia de la niña, le preguntó: ¿eres Carmen? ¿eres tú la Carmencita?

La niña le dijo: sí. El hombre exclamó: ¡cuánto has crecido! ¡Y sin pelo, casi no te conozco! Soy Marcial, hermano de tu mamita, mucho he pensado en ti desde que

desapareciste del pueblo, después de la muerte de tu madre. ¿Cómo se llama la familia con la que vives? ¿Cuál es el apellido?

La niña respondió: Yo no sé... Mi patrona es la niña Iraldita y mi patrón es don Virgilio.

El hombre lloró amargamente abrazando fuertemente a la niña, le entregó una bolsa de papel con unos biscochos y se fue. Carmencita entró rápidamente a la casa, a poco tiempo llegó la Señora y sorprendió a la niña con la bolsa de biscochos, en sus manos, muy enojada tomó un látigo y golpeó varias veces a la niña, le acusaba de ser ladrona, dijo que seguro le robó una moneda para comprar golosinas y cuando la niña llorando le dijo que un señor le regaló los biscochos, mayor fue su enojo y más enfurecida, volvió a golpear a la niña diciendo que la criada de su casa no debe recibir regalos de extraños. Fue cruel el castigo, exagerado e injusto para la niña, la señora además le prohibió acercarse a la ventana para siempre y no volver a abrir la puerta de calle nunca más.

2

La señora de la casa Doña Iralda, era una persona poco amable, enérgica, garbosa, distinguida, casada con Don Virgilio un culto, elegante y gentil caballero de la sociedad riobambeña, alto, de tez clara, ojos verdes y largos mostachos, tenía un importante cargo en el gobierno de la Provincia de Chimborazo. El matrimonio Guerrero Sandoval, tenía cinco hijos: tres varones y dos niñas. Los varones eran Francisco, Gustavo y Paco. Las niñas eran Marcela y Elena.

Marcela tenía siete años y Elena cinco, las niñas de la casa preguntaron a Carmen Agustina ¿Por qué lloraba tanto, y ¿dónde estaba su mamá? No contestó nada... no decía ni una sola palabra, solo lloraba. La niña tenía su rostro pálido y enjuto entre dos largas trenzas negras. Doña Iralda una tarde llegó a casa con el peluquero, quien rapó la cabeza de la niña, acentuando aún más la palidez y la tristeza en el rostro de Carmen Agustina. Al empezar la noche, llegó del trabajo Don Virgilio quien se indignó malamente y reclamó a su esposa, ¿cómo fue capaz de rapar a la chica? la esposa le pidió serenidad y le explicó que: en casa no había una persona que tenga tiempo y pueda peinar a la criada, que ella, era pequeña y no podía hacerlo sola. Y que además todas las familias de la nobleza rapaban a los criados de su propiedad, para identificarlos y para que no se escapen. Don Virgilio profundamente entristecido abrazó tiernamente a Carmen Agustina y le dijo: Carmencita, yo te protegeré en esta casa, de aquí en adelante, nadie se atreverá a hacerte daño, y a grandes voces decía ¡Oh se lo verán conmigo, oyeron! ¡se lo verán conmigo! Todo lo malo que te hagan o te digan me avisarás de inmediato, Carmencita, todas las noches cuando yo llegue del trabajo, me avisarás que te hicieron, ¿oíste chiquita, me oíste?

3

Marcela y Elena las niñas de la casa asistían al Colegio de las Monjas. Poco a poco hicieron amistad con Carmen Agustina, la criada. De regreso a casa compartían lo que habían aprendido en el día y hacían las tareas, Carmen estaba muy atenta de ver como aprendían, pero, ella no asistía a la escuela, porque, las criadas no tenían derecho a

estudiar. Sin embargo, algo aprendía mirando el trabajo escolar de las niñas de la casa que iban a la escuela. Carmen Agustina era observadora, atenta. Era sensible, inteligente, reservada y tímida. Era muy trabajadora.

Repentinamente, Don Virgilio enfermó, su salud se deterioró muy rápidamente y después de varios días de enfermedad murió. La situación de la familia se complicó mucho, en el aspecto emocional, era él, el esposo responsable, amable, era el padre cariñoso y gentil, era una persona afectuosa, un personaje respetado y muy querido por todos. Fue Don Virgilio quien brindó a Carmen Agustina cariño, respeto y seguridad, la muerte de Don Virgilio le dejó un sufrimiento muy intenso. La señora Iralda, quedó devastada, muy apenada, no soportó seguir viviendo sin su esposo en la ciudad de Riobamba, decidió vender la casa y venir a vivir en Quito con su familia, para educar a sus hijos, en la ciudad capital. Llegaron al barrio La Loma Grande, un lugar histórico y tradicional, en el centro de Quito, cerca del convento de Santo Domingo.

4

Los niños crecieron, en un abrir y cerrar de ojos, todos se convirtieron en adolescentes, Carmen Agustina, estaba en el grupo de las seis personas jóvenes de la casa. Querían tener nuevas amistades, anhelaban escuchar la música de su preferencia, aspiraban practicar los deportes y las artes de su predilección, quieren y pretenden alcanzar la independencia emocional. Eran seis jóvenes con ilusiones y sueños, con intereses y necesidades, eran seis personas, tres hombres y tres mujeres a quienes debía orientar adecuadamente, ¡qué tarea tan compleja! debía enfrentar sola, Doña Iralda.

5

Carmen Agustina, como toda joven de su edad, se encontró con una persona que aspiraba a ser su amigo. De un saludo sin respuesta todavía no pasaba, pero de inmediato alguna vecina comedida, pero con mala intención le fue con el chisme a Doña Iralda, quien se enojó malamente y le prohibió tener amigos a Carmencita. Le informó y le advirtió con toda energía que todos los hombres se acercan a las mujeres solo para causarles daño y más aún a las sirvientas, y que si insiste en tener un solo amigo, ella la votará de su casa a la calle, sin piedad. Carmencita muy asustada, con mucho miedo como no conocía a nadie más que a los miembros de la familia de la patrona con la que vivía decidió no tener amigos. Evitaba a toda costa saludar con otras personas.

6

¿Quién era el posible amigo? ¿Quién intentaba acercarse a Carmen Agustina?... Era César Julián.

¿Casualidad? ¿Destino? ¿Coincidencia? César Julián era un joven nacido en Ibarra, provincia de Imbabura. Vivía con su madre en el barrio de Santo Domingo en el centro de la ciudad, llamada la Ciudad Blanca.

Don Juanito un floreciente empresario quiteño, quien estaba de paso y llegó a la casa de la señora Isabel, madre de César Julián, porque alguna persona de mucha confianza le recomendó que la Señora hacía tratamientos muy efectivos para conservar la buena salud, gran energía y mucha suerte para los negocios. Mientras esperaba su turno para ser atendido, dijo que le parecía muy simpático y muy vivaz el chico, que le gustaría llevarle a Quito, para darle una muy buena educación. Fue entonces que la Sra. Isabel se interesó y preguntó, ansiosamente al interesante empresario ¿qué debía hacer para mandar a su hijo a estudiar en Quito? Él dijo que nada, que simplemente el chico viajaría con él. La madre con increíble desprendimiento entregó a su hijo. Según dicen la madre con ilusión pensó en un futuro brillante para el niño. Regaló el fruto de sus entrañas, a César Julián, de apenas cinco años, como se regala un canasto de frutas, o cualquier otra cosa. Don Juanito en cuanto llegó a Quito, antes de llegar a casa lo primero que hizo, fue ir al peluquero, pedir que le rapen a mate la cabecita de César Julián, para que todos conozcan que es criado propio y ubicarlo de inmediato, por si escapara. Era maléfica costumbre de la época.

La primera tarea impuesta al niño fue lavar las botellas, para envasar los refrescos de la próspera fábrica. Para lo cual debían levantar al niño a las 4 de mañana, todos los días. El agua era muy fría, se diría que helada por la baja temperatura de la ciudad de Quito en las madrugadas. Cuando se le caía una botella y se rompía, porque tenía sus manitas entumecidas por el frío, recibía fuertes latigazos como castigo para que ponga más cuidado en su trabajo. Su niñez fue muy triste y cruel, al remo del trabajo, desde los cinco años de edad, recibió mal tratado físico y de palabra, vejámenes y humillaciones era el pago que recibía por su trabajo. Lejos de su madre, lejos de su casa, lejos de su suelo natal. Falsas promesas; nunca le pusieron en la escuela, nunca recibió la buena educación ofrecida a la madre.

Doña Rosa, hermana de Don Juanito, cuando César Julián cumplió diez años decidió prepararle en casa para que haga la primera comunión, después de la jornada de trabajo. Con el libro de catequesis le enseñó las oraciones básicas, los santos mandamientos de la madre iglesia, así es como aprendió a leer y a conocer los fundamentos de la religión católica, de la que fue desde niño, el más fiel y firme creyente. Doña Rosita le llevó a la iglesia habló con el Padre Párroco y le prepararon para la primera Comunión. Con el pasar del tiempo y con reiterado empeño César Julián se convirtió en un excelente e incansable lector. Se auto preparó, leyendo con vehemencia unos libros de historia universal, de geografía, de matemáticas, de lengua castellana, que por casualidad se encontró, al cruzar por un parque de la ciudad, en un bolso de tela. Fue para César Julián un milagro maravilloso de Dios, como prueba de su infinito amor.

7

César Julián conoció a Carmen Agustina en la calle Imbabura, en el centro histórico de Quito, en el cumplimiento de su deber, él era un joven policía. Carmencita pasaba por la esquina en la que César Julián hacía servicio, ella iba y venía cumpliendo los mandados, él la saludaba galante y ella no respondía, pero tampoco le era indiferente. Desde el primer momento que César Julián conoció a Carmen Agustina, quedó embelesado. Ella tenía miedo y no quería tener amigos, más aún con las amenazas de su patrona, cuentan que la Señora Iralda con mucha tosquedad hablaba a su empleada diciéndole que, quería

ser amiga del policía de la esquina, porque él le había engañado haciéndole creer que los botones del uniforme eran de oro, pero la patrona, le aclaraba bien, que solo eran de hojalata.

Con delicadeza César Julián insistía en hacer amistad, en hablar con Carmen Agustina, hasta que ella un día le dijo ¡por favor, no se acerque, señor!, ¡retírese! su amistad puede causarme mucho daño, mi patrona me botará de la casa. Intrigado y sorprendido, se despidió y se retiró. Varios días después él volvió a saludarla y le dijo, pienso que lo mejor es hablar con la señora, ella le contestó pierde el tiempo, en vano va usted va a pasar un mal rato, la señora es muy enérgica y terminante no le permitirá hablar. Y así fue, cierta tarde César Julián vio llegar a la señora, espero unos minutos, se acercó y llamó a la puerta.

Salió la señora Iralda y preguntó: ¿a quién busca?

César Julián: Por favor permítame, necesito hablar con usted un momentito.

La señora dijo: ¡nada tengo que hablar con desconocidos! ¡retírese! ¡atrevido! Y lanzó la puerta con toda grosería.

César Julián se quedó perplejo, por un momento y luego empezó andar sin rumbo de pronto se encontró en la entrada del templo de Santo Domingo, ingresó y le pidió a Dios que le ilumine que quería hacer las cosas bien para conseguir la amistad de Carmen Agustina. En el templo recordó que Doña Rosita cuando le preparaba para que haga la primera comunión le aconsejaba y le decía que las cosas buenas en la vida son difíciles de conseguir, que solo lo malo no cuesta trabajo y es muy fácil. Recordaba que le decía que en la vida los problemas más graves, más serios pueden resolverse poniendo empeño, decisión, bondad y paciencia, que una gota de mil, es más efectivo que un barril de hiel.

César Julián volvió otro día a golpear la puerta de la casa en la que trabajaba Carmen Agustina.

Salió la Señora y le dijo: ¿otra vez Usted? ¿no tiene vergüenza? Yo, ya le dije que nada tengo que hablar.

César contestó con firmeza, pero con amabilidad: perdone señora, yo si tengo cosas importantes que decirle, solicito su autorización para visitar a la señorita Carmen, su empleada, aquí en la casa,

Señora Iralda: ¿cómo dice? ¿y qué intenciones tiene usted con mi muchacha? ¡abusivo!

César le dijo perdone, que yo insista Señora: Me interesa conocer a la Señorita Carmen y que ella me conozca a mí, si Dios lo permite más adelante, podremos llegar a ser novios y nos casaremos.

De muy mal gana la señora aceptó la visita, una vez a la semana y no más de diez minutos. Ella tiene mucho que hacer en esta casa, dijo: y no puede estar perdiendo el tiempo con usted.

Y así fue solo se veían diez minutos por reloj, cada sábado.

Raudo y veloz pasó el tiempo, floreció el amor, el respeto, la lealtad. César Julián y Carmen Agustina formaron su hogar, se amaron intensamente, tuvieron nueve hijos, cinco mujercitas y cuatro varones, dedicaron todo el tiempo posible, a educar a sus hijos con pasión y afecto.

¿Cómo es posible? Se unieron dos personas que tuvieron una niñez y una juventud triste, de mucha aflicción y sometimiento. Privaciones, abusos y maltrato. En cambio estos dos seres maravillosos, tienen un corazón pleno de bondad, generosidad, y brindan solidaridad, amor y sabiduría a manos llenas, a sus hijos, a los hijos de los hijos, parientes y amigos.

Cesar Julián, después de la oración y de la habitual despedida de cada noche, a falta de una guitarra, tocaba un aventador de totora, afanoso le arrancaba las notas musicales y cantaba a Carmen y sus hijos, melodías del pentagrama nacional ecuatoriano, Sendas Distintas, Rosario de besos, Las tres Marías, la Canción de los Andes, y otros ritmos como pasacalles, sanjuanitos, tonadas, albazos. Fue admirador de Carlos Gardel y de él, cantaba: El día que me quieras, Volver, Silencio, Caminito, La Cumparsita, Tomo y obligo, Cambalache.

Declamaba con elocuencia y vehemencia poemas de diferentes poetas: de Ernesto Noboa y Caamaño, de Arturo Borja, Medardo Angel Silva, Humberto Fierro, Manuel Acuña. Tenía una memoria prodigiosa sabía de memoria sin exageración ninguna decenas de poemas. Eterno Amor, Mi amada Carmen, El huérfano, El danzón de la muerte, Aniversario, Lo tardío, Las alas rotas, El alma en los labios, Se va con algo mío la tarde que se aleja. Cualquier lugar de la casa era un excelente proscenio para dedicar a Carmencita, su esposa escogidos poemas: la cocina, el pequeño espacio junto a la tabla de planchar, junto a la piedra de lavar, mientras ella dejaba la ropa blanca, tan blanca, como la brillante blancura de las nieves eternas de los nevados de su tierra natal: El Chimborazo, El Altar, El Carihuayrazo.

Los nueve hijos recibían en la escuela mención de honor, por ser los niños más aseados, por la blancura de los mandiles y los zapatos de Educación Física, en el Minuto Cívico, el día lunes. Afanoso trabajo de mamá de todas las semanas.

Cincuenta y dos años vivieron juntos, Carmen Agustina y César Julián, hasta el día que él partió de este mundo, dejando para siempre encendida la llama de su infinito amor a su esposa, familiares y amigos.

Carmen Gómez Casco

Quito, 12 de Junio, 2022